



MENSAJE DEL LCDO. RAFAEL HERNANDEZ COLON
GOBERNADOR DE PUERTO RICO
1973-76; 1985-92

FUNDACION

BIBLIOTECA

PRIC

SEMANA PUERTORRIQUEÑA DEL SUR DE NEW JERSEY

Vineland, New Jersey
22 de julio de 2000

Buenas noches, compatriotas llegados aquí al Sur de New Jersey a lo largo de los años desde que nuestra patria puertorriqueña se vinculó con los Estados Unidos de América. Mi saludo también a los que aquí han nacido de aquellos que llegaron de Utuado, o de otros pueblos de la Isla y que forman parte de esta comunidad que anualmente celebra su Festival Puertorriqueño en conmemoración de la Constitución del Estado Libre Asociado. Agradezco la invitación que me han hecho para dirigirme a ustedes con motivo de estas fiestas patrias y también la que han extendido a mi hijo José Alfredo para que esté con ustedes en la clausura de estos actos el próximo fin de semana.

Quiero esta noche llevar a cabo algunas reflexiones con ustedes sobre los temas esenciales de nuestra cultura y de nuestro destino.

¿Quiénes somos? ¿De dónde venimos? ¿Dónde estamos? ¿A dónde nos llevan los acontecimientos? ¿A dónde queremos ir? ¿Cómo llegar allí? Estas son las preguntas que nos hacemos los puertorriqueños al comenzar un nuevo siglo de presencia norteamericana en el país.

¿Quiénes somos? Somos pura e inquebrantablemente puertorriqueños. Una nación con una cultura definida por el español

como su principal seña de identidad. Una colectividad humana con historia, tradiciones, costumbres, temperamento y tierra propias, y con una visión colectiva de futuro en común.

A la fecha en que Estados Unidos adquirió soberanía sobre nuestra tierra, el pueblo de Puerto Rico ya era una nación tanto como lo era Cuba o la República Dominicana o Venezuela, independizada por Bolívar temprano al comenzar el siglo.

Manuel Alonso ya había escrito, desde mediados de siglo, *El Jíbaro*, obra que capta la esencia de la puertorriqueñidad iniciando el criollismo literario puertorriqueño. Ya Gautier, con su lírica emotiva y patriótica, le había cantado al nombre al pensamiento grato de Borinquen. Tapia había denunciado la discriminación racial en su drama *La Cuarterona*, Hostos había hecho alegoría política en *La Peregrinación de Bayoán*, Zeno Gandía había auscultado la esencia de ser puertorriqueño en su novela *La Charca, Campeche* --en su época el mejor retratista de la América hispana-- había trazado una imagen de la naciente identidad puertorriqueña, Oller se había destacado poderosamente en su pintura haciendo crítica social con *El Velorio*, Morell Campos y Tavárez nos habían legado sus danzas, Betances había sufrido exilio por su ideario independentista, Mariana Bracetti había bordado su bandera de Puerto Rico, Lares se había levantado rebelde, Baldorioty había fundado su partido autonomista y Muñoz Rivera había logrado de España una amplia carta autonómica para el país.

¿Quiénes no somos? No somos norteamericanos, aunque sí ciudadanos de los Estados Unidos. La diferencia entre nuestra identidad y la de nuestros conciudadanos del Norte, implica

diferencias en valores, estilos de vida, soluciones a problemas, formas de gobierno. Estas diferencias son punto de partida de comprensión y entendimiento mutuo en una búsqueda de las mejores formas de convivencias.

¿De dónde venimos? Venimos de lejos. Nuestras raíces se hunden en España, en el Continente africano, en la América precolombina. España colonizó y gobernó durante cuatro siglos. Nos formó como pueblo. En el momento de la invasión, teníamos literatura, pintura, arquitectura, urbanismo, derecho y nuestras formas de gobierno bien definidas. Habíamos alcanzado mayor gobierno propio que el que ahora tenemos.

Nuestra relación durante este siglo con los Estados Unidos ha sido enriquecedora en oportunidades de progreso material, vinculante en el destino de ambos pueblos, limitante en el ejercicio de nuestra libertad colectiva y de difícil llevar en el terreno cultural.

Durante cuatro décadas nos defendimos contra un mal concebido proyecto de asimilación cultural a través de la Instrucción pública en inglés. Triunfamos tras una tenaz resistencia. Establecimos una política de enseñanza en español y de oportunidades para que quien quiera, aprenda inglés. Ha tenido éxito. Seguimos hablando español y quien lo ha querido, ha aprendido el inglés.

Superamos la pobreza extrema. Nuestra Operación "Manos a la Obra", transformó la economía agrícola en una industrial. La legislación de justicia social que la acompañó, abrió oportunidades para todos. Fué una gesta de desarrollo democrático sin precedentes en el mundo de aquel entonces. Con ella, al igual que con el Estado

Libre Asociado, nos adelantamos a los tiempos al asentar nuestro desarrollo sobre la autonomía, la competitividad, los mercados abiertos, la promoción de inversiones, los presupuestos equilibrados, la equidad social, la integración de mercados. Estos factores políticos y económicos han prevalecido en un mundo sin fronteras con un Estado-nación obsolescente. Fuimos visionarios y precursores en aplicar los conceptos que hoy mueven al mundo.

Venimos de unas luchas duras y difíciles pero exitosas. Luchas contra poderes coloniales, luchas contra limitaciones económicas que nos vienen por la estrechez de nuestra geografía y amplitud de nuestra población. Sabemos que nos hemos superado con creatividad y con tesón. Estamos orgullosos de ese haber histórico. Hay mucha capacidad de pueblo sobre la cual fundar nuestra confianza.

¿A dónde nos llevan los acontecimientos?

El sentido de la nacionalidad se ha hecho más fuerte durante esta última mitad de siglo. La prevalencia del español es una realidad avasallante. Su oficialización como idioma único, fue un paso de afirmación nacional irreversible que le mereció al pueblo el Premio Príncipe de Asturias de las Letras en 1991. Todas las artes llevan decididamente la impronta nacional. La pintura en particular ha florecido dentro de un inconfundible mensaje de puertorriqueñidad muchas veces angustiada. Durante mi Administración se recuperó una buena parte de nuestro legado edificado de valor histórico o artístico en las ciudades de San Juan y Ponce, lo cual ha fortalecido el orgullo del ser cultural nacional. La música popular, en particular la salsa, ha demarcado bien su propio espacio frente al marketing de la música norteamericana.

La participación de Puerto Rico como nación entre naciones en eventos como la Expo de Sevilla en 1992, fue afirmatoria de la nacionalidad y levantó la autoestima de todo puertorriqueño que visitó aquella exposición internacional. Pero ha sido la participación deportiva en las olimpiadas mundiales, o en los juegos panamericanos o centroamericanos, lo que más ha potenciado el sentimiento nacional en los últimos años.

Ese sentimiento nacional es compatible con la ciudadanía americana. Nuestra cultura y nuestra identidad son nuestro resguardo frente a la vigorosa y a veces avasallante cultura de los Estados Unidos. Esa cultura que respetamos y apreciamos no ha podido avasallarnos a nosotros porque valoramos intensamente quiénes somos a la vez que honramos con nuestras actuaciones, la ciudadanía que nos fué conferida en 1917. Mientras eso sea así, mientras querramos mantener nuestra integridad nacional a la vez que nuestra ciudadanía americana, el Estado Libre Asociado es el único camino para alcanzar la plenitud de nuestro desarrollo político.

La realidad jurídica del estadoliberalismo denostada por sus detractores, de fuera y de dentro del Congreso, presenta una testaruda resistencia anclada en el espesor de los derechos fundamentales adquiridos por los puertorriqueños tales como la ciudadanía, el sagrado derecho al voto y la asociación para la defensa de las creencias políticas. En fin, la tempestad retórica sobre la falta de libertad, por tanto, hágase el Estado 51 o la independencia, se viene a estrellar contra el baluarte de una sociedad que sabe que se transformó desde sus raíces bajo el Estado Libre Asociado y de una democracia estructurada sobre cimientos constitucionales

infranqueables que abroquelan una voluntad autonomista irreductible.

¿A dónde queremos ir? ¿Cómo llegar allí? Bajo la flexibilidad constitucional que permite el no estar incorporado a los Estados Unidos, la solución que mejor puede atender todas las dimensiones del problema es la evolución autonómica. Esta evolución, que no es una construcción autonómica, sino el saber histórico aplicado, permitirá a Puerto Rico maximizar su potencial y reducir su dependencia de Estados Unidos.

La gran mayoría de las decisiones de los tribunales federales incluyendo las del Tribunal Supremo de Estados Unidos, avalan que el Congreso tiene la autoridad para crear la relación bilateralmente obligatoria con plena dignidad política a que aspiramos los estadolibristas que queremos ver el desarrollo del Estado Libre Asociado hasta un máximo de gobierno propio, dentro de nuestra relación con los Estados Unidos.

Puerto Rico y Estados Unidos tienen que crear una vez más en este nuevo siglo, para adaptar al Estado Libre Asociado a los tiempos presentes.

Puerto Rico y Estados Unidos tienen que crear las formas para reconocer a nuestro pueblo el ejercicio de los poderes políticos necesarios para reducir la dependencia y reemprender sobre bases autosostenibles el desarrollo económico del país.

Puerto Rico y Estados Unidos tienen que forjar nuevos moldes constitucionales para el Siglo 21.

Puerto Rico y Estados Unidos tienen que crear para servirle a la democracia y a la libertad.

La realización de esa aspiración no depende sólo de los que estamos en la Isla en un momento dado. Depende de todos los puertorriqueños dondequiera que estén, aquí en Vineland, o en Philadelphia, o en Nueva York, o en Chicago, donde sea, somos puertorriqueños, somos un sólo pueblo. Las luchas son de todos y desde acá en New Jersey hay poder, hay mucho poder para ayudar a la patria.

